

“Si te bloqueas al escribir una historia de detectives, ante la duda, haz que entre un hombre por la puerta con una pistola en la mano”.
(Raymond Chandler).

Cinco segundos después...

Boston, 1934.

UN HOMBRE entra por la puerta con una pistola en la mano. Cruza el umbral y se dirige hacia mí como si conociera perfectamente la distribución del piso.

Son ellos, me han encontrado. No he sido discreto. Demasiadas cartas a los periódicos e intervenciones en las emisoras de radio. Era cuestión de tiempo.

Han decidido silenciarme.

Cierro la carpeta con el manuscrito en su interior y coloco las manos sobre la mesa, a la vista. El tamaño del intruso me disuade de intentar escapar. Saltar por la ventana sería melodramático. Además, es lo que ellos quieren, lo sé: hacerme desaparecer.

El gigante parece salido de un folletín de *Dick Tracy*. Abrigo largo gris, sombrero de ala corta, zapatos baratos, pistola amartillada. Lo que me desconcierta es la tonalidad blanquecina de su piel, lechosa, enfermiza, de mármol. Y sus ojos. Ojos negros de tiburón, opacos, sin vida.

Por un momento guardo la esperanza de que algún vecino llame a la policía; pero no creo que lo hagan. Me he comportado de forma errática durante meses, los he despertado a altas horas de la noche con mis gritos de terror, los he importunado en la escalera

para preguntarles si escuchaban los mismo ruidos que yo en el sótano, detrás de las paredes, dentro de la chimenea; los he asaltado para comprobar si el olor de pescado provenía de sus bolsas de la compra... o emanaba de ellos.

Si desapareciera ahora mismo, estoy seguro de que celebrarían una fiesta. Quizá hayan sido ellos los que me han delatado.

—¿Señor Dyer? —pregunta el hombre con acento francés.

—Sí.

—¿William Dyer?

—A ver, ¿habría destrozado la puerta de una patada si no estuviera seguro de que soy la persona que busca?

El matón de piel lechosa duda un par de segundos, como si le costara entender lo que he dicho. Sus pupilas negras enormes se desplazan nerviosamente de izquierda a derecha. Luego me apunta directamente a la cabeza. Sus manos también son blancas, salpicadas de venas rojizas.

—No se mueva. Alguien quiere hablar con usted.

Si todo esto lo ha organizado el presidente de la comunidad de vecinos para que me mude de casa, juro que le haré tragar ese fonógrafo que usa para torturar a todo el segundo piso con los chillidos de Edith Piaf los domingos por la mañana.

El matón se coloca a mi espalda. Chasquea los dedos. Otro tipo de similar estatura, ropa, aspecto físico y color de piel entra por la puerta de casa.

Similar, no.

¡Idéntico!

A su estela aparece un hombre delgado, elegante, gabardina, traje, perilla, pelo corto canoso, aristocrático, imponente. Se apoya en un bastón con empuñadura en forma de águila. Cojea. Es él. Le reconozco.

El recién llegado se detiene delante de mi mesa y extrae una libreta de notas del bolsillo de su gabardina. La abre y lee.

—William Dyer. Profesor de Geología en la Universidad de Miskatonic. Uno de los dos supervivientes de la avanzadilla de la

Expedición Pabodie que se internó en los hielos de la Antártida entre los años 1930 y 1931. Desde entonces, detenido dos veces por intento de sabotaje a los miembros y equipamientos de la Expedición Starkweather-Moore. Comportamiento errático, paranoico, esquizoide y demás patologías causadas por la terrible experiencia vivida en su periplo antártico.

—Veo que se ha documentado sobre mí. Yo también lo sé todo sobre usted, al menos lo que dicen los periódicos. Alejo Crow: millonario, filántropo, científico, playboy y último descendiente de un extenso linaje de emprendedores que se remonta a la época dorada de los fenicios.

Alejo se sienta con dificultad en una silla que le aproxima sumisamente uno de sus... ¿guardaespaldas?

—Siento mucho que hayamos irrumpido de esta forma en su casa, pero sabemos que no nos habría abierto por voluntad propia. Me solidarizo con su estado. A lo largo de mi vida también he presenciado cosas que han puesto en peligro mi salud mental.

—No estoy loco. Intento prevenir a la humanidad de la existencia de un horror abominable y preternatural que va más allá de la comprensión de cualquier persona.

Alejo Crow me mira fijamente. Asiente con la cabeza.

—Lo sé, le creo. Aunque cuesta tomarlo en serio cuando le detienen en el zoológico de Boston a la tantas de la madrugada en el recinto de los pingüinos, *hablando* con ellos.

—¿Me... cree? ¿De verdad?

—En efecto. He venido aquí a proponerle que me ayude. Su experiencia traumática, el haber sido testigo de lo que se esconde en los hielos antárticos, puede servirme de mucha ayuda. Quiero que me acompañe en una expedición que estoy organizando, financiada por mí con la ayuda de una empresa asociada, la Corporación Yutani, que estudiará el rastro de una civilización perdida hace eones y que ustedes, por casualidad y para su desgracia, encontraron en una parte del mundo que todavía no habíamos rastreado.

Estudio la expresión de Alejo. No me está tomando el pelo.

El muy insensato realmente quiere salir en busca de algo que debería permanecer enterrado, oculto, dormido, borrado de este mundo, de esta galaxia.

—Con todos los respetos, señor Crow, no pienso participar en la expedición Starkweather-Moore... ¡Jamás!

—Yo tampoco.

—¿Disculpe?

—La Expedición Starkweather-Moore está condenada al fracaso. Yo he sido el primero en reunirme con ellos para disuadirles antes de que sea demasiado tarde. Las prospecciones geológicas que quieren realizar en el Polo Sur les costarán la vida. No cuentan con el equipo adecuado ni con personal cualificado. He intentado que desistan, pero con medios menos traumáticos que los suyos, señor Dyer.

—Se lo dije a Moore: no estoy fantaseando. Y usted, ¿qué interés tiene por esas criaturas? ¿Qué sabe acerca de esos seres?

—Lo mismo que usted. Hemos acudido al mismo LIBRO, aunque en épocas distintas. Y no se trata de mi primer encuentro con “lo desconocido”. He liderado otras expediciones al Pacífico en busca de ciudades parecidas a la que usted encontró, aunque con resultados no tan espectaculares. Usted tiene la llave de algo que llevo buscando desde hace mucho, muchísimo tiempo. ¿Le importa si fumo?

Empiezo a sentirme incómodo. Es la primera vez desde hace meses que alguien se presta a mantener una conversación coherente conmigo sobre lo que ocurrió a la Expedición Pabodie. No solo eso: Alejo Crow, uno de los magnates de las finanzas más influyentes del planeta, el mismo displicente y disoluto amo de las fiestas, fotografiado en las más abyectas bacanales de Errol Flynn o Bruce Wayne, asegura conocer los detalles de una tradición prehumana que creía estudiada solo por un grupo de selectos científicos abiertos a aceptar que fuerzas desconocidas han influido en la historia de la humanidad desde tiempos inmemoriales.

De todas formas, muchos de esos estudiosos no han vivido lo mismo que yo. Leer libros prohibidos y explorar ruinas, cartografiar territorios y localizar tumbas de faraones no tiene nada que ver con enfrentarse en persona a horrores físicos, repugnantes, abominables llegados de lo más profundo del espacio.

Empiezo a sudar.

Aunque represente una contradicción, como científico debo recomendar que cese cualquier intento de contactar, estudiar o dar a conocer semejantes blasfemias, al menos hasta que la civilización humana haya desarrollado mecanismos de contención eficaces contra terrores cósmicos como los que le han costado la cordura al pobre Danforth... y la vida a varios de mis compañeros de la universidad.

—No puedo acompañarle, señor Crow. Y le aseguro que haré todo lo que esté en mi mano para impedir que usted o la Expedición Starkweather-Moore despierten el mal que se esconde tras esas montañas espantosas. Por muy poderoso que usted sea, tengo información en mi poder que voy a utilizar y que demostrará a la humanidad la existencia de...

—Le ruego que lo reconsidere. Tarde o temprano, alguien dará con esa civilización. Lo mejor para todos es que sea yo quien llegue primero.

—No. Va usted a morir de forma horrible. Va a causar la destrucción de todo lo que conocemos y...

—Señor Dyer, tranquilícese.

—Estoy muy tranquilo. ¡Es usted el que está como un cencerro! ¡No pienso volver a la Antártida! ¡No voy a colaborar con usted ni con nadie! ¡Vamos a morir todos!

—Dyer, está perdiendo los estribos. Sé lo que ha escrito. Sé lo que ha dibujado. Sé lo que ha visto. Y le diré algo más. Sé lo que oye, soy consciente de lo que le atemoriza cada vez que llega la noche...

—¿Qué... qué dice? ¿Cómo puede...?

—*Tekeli-li... Tekeli-li...* Ese sonido, señor Dyer.

—¿...?

—No soy un lunático que busca popularidad o ampliar mi colección de reliquias históricas. Me sorprende tanto como a usted que ciertos horrores insondables sigan... vivos. Pero también soy el único que puede hacerles frente. Porque según dice el LIBRO y lo confirman los grabados que usted afirma haber descubierto y que ha reproducido en esas páginas sobre las que apoya nerviosamente sus brazos, ellos llegaron hace eones a este mundo. Pero yo soy quien mejor puede *cuidar* de este planeta.

—Usted... Usted es un demente...

—Venga conmigo, señor Dyer, y ambos salvaremos el mundo.

—¡NO PIENSO VOLVER A ESE HORRIBLE LUGAR EN EL MALDITO POLO SUR! ¡Utilizaré todo lo que esté en mis manos para impedir que culminen sus planes! ¡Hundiré sus barcos, derribaré sus aviones, dinamitaré su equipo! ¡Hay gente dispuesta a ayudarme! ¡Nadie pisará esa zona de la Antártida hasta que aprendamos a defendernos de esas blasfemias reptantes!

Lo último que recuerdo antes de que me golpearan en la cabeza y perdiera el conocimiento es la imagen de Alejo Crow levantándose de la silla, apoyado con las dos manos sobre su bastón, sonriendo y exhalando el humo del cigarrillo ante su cara hasta hacerla desaparecer.

—Nadie ha hablado de ir a la Antártida, señor Dyer.